



ACADEMIA HISPANOAMERICANA DE DOCTORES

DISCURSO DE INGRESO PRONUNCIADO POR EL

ILMO. DR. D. CONRAD VILANOU TORRANO

EN EL ACTO DE INGRESO COMO ACADÉMICO DE NÚMERO

EN VIC (BARCELONA), EL DÍA 5 DE JUNIO DE 2026

«El mundo hispano es la viviente encarnación de un espíritu» (Xirau, 1942)

De entrada, debo agradecer al profesor Óscar Yecid Aparicio Gómez que haya aceptado la propuesta del profesor Eudaldo Forment Giralt –Doctor Honoris Causa por esta ilustre Academia– para formar parte de la misma. Es un honor para mí, después de una larga trayectoria académica, que ha tenido la Universidad de Barcelona como epicentro de mi actividad docente e investigadora. En primer lugar, he de empezar reconociendo las enseñanzas de mis maestros, especialmente de los doctores Buenaventura Delgado y Alejandro Sanvisens Marfull, mis mentores universitarios. Igualmente, durante estos años de trabajo académico he tenido la suerte de encontrar personas de gran categoría humana e intelectual, como el profesor Forment, que llevó sobre sus espaldas durante años, además de las labores inherentes a la cátedra de Metafísica, el peso de la revista *Espíritu*. Gracias a su generosidad, me brindó la oportunidad de seguir los pasos de los profesores de Pedagogía que veían en la Filosofía una disciplina necesaria para la reflexión educativa y, especialmente, en lo que respecta a la Filosofía de la Educación, materia que impartió el doctor Ramón Roquer Vilarrasa, compañero y amigo de Juan Tusquets, experto en Pedagogía Comparada y catedrático de Pedagogía General de la Universidad barcelonesa desde 1958 y del cual fui alumno.



El buen hacer del profesor Forment está fuera de cualquier duda: siempre afable, un auténtico caballero y discípulo de la escuela tomista de Barcelona, iniciada por el P. Orlandis y que tuvo en Jaume Bofill y Bofill y en Francisco Canals Vidal a dos ilustres representantes que, cuenta hoy, con un digno sucesor en el joven profesor Abel Miró. Tampoco podemos soslayar que el profesor Sanvisens Marfull confiaba, como su maestro Tomás Carreras Artau, en la existencia de una escuela filosófica catalana que partía de Francisco Llorens Barba, maestro de Francisco Giner de los Ríos y Marcelino Menéndez Pelayo, en la Universidad de Barcelona, ya que ambos pasaron por su aula. Al decir de quienes le trataron, Llorens fue una especie de Sócrates que dejó poca obra escrita, pero que, a partir de sus apuntes taquigráficos, se pudieron reconstruir las *Lecciones de Filosofía* (1920). Experto en Pedagogía Cibernética, el profesor Sanvisens, amigo y compañero de Canals Vidal, también había colaborado en la revista *Espíritu*, a la vez que había impartido cursos en Balmesiana.

Quizás convenga recordar que las secciones de Filosofía e Historia iniciaron su singladura en la Universidad de Barcelona durante el curso 1910-11 y los primeros catedráticos llegaron en los años siguientes. De cara a nuestros intereses, conviene señalar los nombres de Pedro Font y Puig, catedrático de Psicología desde 1924, y de Joaquín Xirau, catedrático de Lógica desde 1928 y que puso en marcha el Seminario de Pedagogía, en el marco de la Facultad de Filosofía y Letras, que en la década de los años treinta tomó el nombre de Facultad de Filosofía y Letras y Pedagogía, que a partir del curso 1933 implantó los estudios de licenciatura y doctorado en Pedagogía. Baste decir que ambos, Font y Puig y Xirau, durante sus años de formación en Madrid, siguieron el curso de Pedagogía Superior que Manuel Bartolomé Cossío dictaba en el Museo Pedagógico como materia optativa de doctorado, lo cual confirma su interés por la ciencia pedagógica, una disciplina que se incorporó un tanto tardíamente a la Universidad. Sin embargo, a comienzos del siglo XX y después de la Gran Guerra (1914-1918), la Pedagogía se institucionalizó académicamente a fin de dar respuesta educativa a los males que aquejaban a la vieja Europa, al socaire de la expansión del movimiento de la Escuela Nueva.



Con estos antecedentes, no puede extrañar que Juan Roura-Parella, profesor de aquella primera sección de Pedagogía después de estudiar dos años en Berlín junto a Eduard Spranger y Werner Jaeger, defendiese en Barcelona el 28 de octubre de 1937 su tesis doctoral, la primera en España de la especialidad, con el título de *Educación y Ciencia*, un trabajo dirigido por Xirau y del que Font y Puig formó parte del tribunal, siendo publicada en tierras mexicanas (1940). De igual forma, Roura-Parella fue quien propuso a la editorial Fondo de Cultura Económica, fundada en 1934 por Daniel Cossío Villegas, la traducción de la monumental *Paideia* de su maestro Werner Jaeger, una obra que de alguna manera representaba el traslado de las ciencias del espíritu –derivadas del pensamiento de Dilthey y cultivadas por Spranger– a tierras americanas.

Téngase en cuenta que en el verano de 1939, Roura-Parella y Joaquín Xirau llegaban, por este orden, a México, a los que más tarde –y no sin dificultades– se uniría Jaime Serra Húnter, que falleció el 7 de diciembre de 1943 en Cuernavaca. Si analizamos las características de estos tres pensadores catalanes –Serra Húnter, Xirau y Roura-Parella–, constatamos su profundo espiritualismo, de sólida raigambre cristiana. Hoy sabemos que Serra Húnter, que fuera rector de la Universidad de Barcelona entre 1931 y 1933, era un católico practicante y que pudo llegar a México gracias a la ayuda del obispo de Tolosa y del Instituto Católico de aquella ciudad francesa. Por su parte, Roura-Parella, discípulo de Juan Zaragüeta, se hizo cuáquero sin renunciar a su fe católica, y después de profesar en la UNAM pasó a la Wesleyan University (Middletown, Connecticut), un centro de inspiración metodista en honor de John Wesley, que todavía hoy otorga un premio al mejor estudiante católico que lleva su nombre. Finalmente, Joaquín Xirau, bajo la influencia de la filosofía de los valores de Scheler, elaboró un tratado excepcional de filosofía de la educación como *Amor y mundo* (1940), completado por *Lo fugaz y lo eterno* (1942), trabajos que amplió con estudios sobre el humanismo hispánico y la integración política de Iberoamérica, término que utilizaba para referirse a lo que aquí designamos como hispanoamericano. Desde el punto de vista pedagógico, *Amor y mundo* es una obra henchida de cristianismo, especialmente de espíritu franciscano y lulista,



en la línea de la *Charitas* y que sitúa el amor cristiano como alternativa al eros pedagógico helénico, lo cual confiere a la conciencia humana una dimensión amorosa, pieza clave para la captación de los valores.

Por lo demás, la revista *Espíritu* apareció en Barcelona el año 1952, vinculada a Balmesiana, un centro de alta cultura fundado a comienzos de la década de los años veinte del siglo pasado (1923) e inspirado en los modelos universitarios europeos como la Universidad Católica de Lovaina, con la figura emblemática del cardenal Mercier, y de la Università Cattolica del Sacro Cuore (1921) con el referente de Angelo Gemelli. Llegados a este punto, no podemos orillar el pensamiento de Jaime Balmes, presentado en ocasiones como uno de los precursores de la restauración neo-escolástica, anterior a la *Aeternis Patris* (1879) de León XIII. Puede añadirse que el nombre de Balmes constituye una obligada referencia hoy aquí, en Vic, en la ciudad natal del autor de *El Criterio*, un libro iniciático y propedéutico para la juventud durante muchas décadas y que, además, fue la primera obra que Menéndez Pelayo adquirió en sus años mozos. Al fin y al cabo, Balmesiana como institución y la revista filosófica *Criterion*, fundada en 1925 por el capuchino Miquel d'Esplugues, remiten inequívocamente a Jaime Balmes, cuya muerte se conmemora en esta ciudad cada 9 de julio, con un acto académico que tiene lugar en la sala de la Columna del consistorio de la Ciudad.

Debemos recordar que la revista *Espíritu* fue fundada por el padre jesuita Juan Roig Gironella y en sus primeros números colaboró de manera activa el profesor Pedro Font y Puig. Añádase que Font exaltó la figura del dominico Francisco de Vitoria (1483-1546) al finalizar la Segunda Guerra Mundial, momento que coincidió con el cuarto centenario de su fallecimiento y que se singularizó por denunciar los excesos de la conquista y poner las bases del derecho internacional. A ello hay que sumar que Font y Puig, que atesoró una gran cantidad de conocimientos científicos hasta el punto de acumular la cátedra de Cosmología, fue el artífice de la restauración de la sección de Pedagogía de la Universidad de Barcelona,



que había quedado en suspenso entre 1939 y 1954, de modo que los primeros licenciados consiguieron su título el año 1957.

En general, hay que resaltar dos aspectos de la restauración de la sección de Pedagogía de la Universidad de Barcelona. De un lado, la presencia en el plan de estudios de 1954 de la asignatura «Historia de la educación española en América», justificada por la proyección americanista de la Universidad de Barcelona en su doble dimensión antropológica e histórica, gracias a la presencia de una cátedra de Historia de América. No es accidental, pues, que al interés histórico se sumase la dimensión pedagógica que desde entonces se ha cultivado en la Universidad barcelonesa, gracias al empeño y dedicación del profesor Claudio Lozano Seijas, titular de la cátedra de Historia de la Educación Hispanoamericana a partir de 1990. De otra parte, conviene destacar que el profesor Font y Puig siempre mostró respeto y consideración hacia Joaquín Xirau, que en 1939 emprendió el camino del exilio junto a otros compañeros del claustro universitario que acompañaron al poeta Antonio Machado, en una comitiva de la que Roura-Parella también formaba parte.

Por de pronto, llama la atención que aquellos tres pensadores –Serra Húnter, Xirau y Roura-Parella, piezas clave de la Universidad de Barcelona durante los años anteriores a 1939– mantuvieron en tierras americanas su convicción espiritualista que chocó un tanto en países altamente secularizados como México, en los que el positivismo había cuajado desde el siglo XIX. Entretanto, y una vez instalados en el continente americano, Xirau y Roura-Parella fueron invitados a impartir conferencias en diversos países (Cuba y Venezuela, principalmente), a la par que se pretendía divulgar las ciencias del espíritu (Dilthey, Spranger) al nuevo continente, tanto en el ámbito hispanoamericano como en el anglosajón, a fin de frenar el desarrollo del pragmatismo de Dewey y del conductismo de Skinner que se propagaban desde los Estados Unidos. La traducción de las obras de Dilthey en América se llevó a cabo desde México y Buenos Aires, en un intento, además, de poner coto al desarrollo del materialismo marxista, que en América posee autores significativos en el campo de la



Historia de la Educación, como Aníbal Ponce, que a la altura de la década de los años treinta del siglo pasado defendió el humanismo proletario frente a lo que consideraba humanismo burgués, con una visión de la educación basada en la lucha de clases.

Frente a esta posición, sobresale la actitud de Joaquín Xirau, que, defraudado de su viaje a la Unión Soviética (1931), se opuso al ateísmo materialista del régimen comunista. Con todo, Xirau murió prematuramente en 1946, cuando se dirigía con su hijo Ramón a la UNAM, a quien salvó al interponerse a la plataforma del tranvía que se abría y que hubiera alcanzado a su primogénito. Pues bien, Ramón Xirau –un pensador profundo– cultivó la lengua catalana en la poesía y la castellana en el ensayo filosófico, siendo calificado por Octavio Paz como un «hombre puente». En este contexto, hemos de subrayar que ambos autores –Ramón Xirau y Octavio Paz– fijaron su atención en el pensamiento de Sor Juana Inés de la Cruz, una de las figuras estelares del Barroco, autora de *Primero sueño* (1692), que ha sido considerado por algunos críticos como el mejor poema filosófico y teológico español.

Dicho esto, quizás valga la pena recordar que en el discurso *De la presencia*, pronunciado por Ramón Xirau el 25 de octubre de 1994 con motivo de su ingreso a la Academia Mexicana, advirtió que se refería a la presencia «de lo sagrado en las letras y, principalmente, en la poesía, y en algunas filosofías, las que culminan en una visión del mundo, es decir, las que tienen que ver con la metafísica».¹ Forjado intelectualmente en el arco mediterráneo –Ramón Xirau nació en Barcelona en 1924–, extendió este espacio a partir de 1939 al mexicano, dos ámbitos –el cultural del Mediterráneo y el americano– que, lejos de suponer un choque de culturas, significaron la integración de ambos mundos o, si se quiere, la amalgama de dos cosmovisiones que acabaron por compenetrarse, en una especie de mestizaje. De manera similar, su padre –el filósofo Joaquín Xirau– pretendía que, con la integración iberoamericana, fructificase un humanismo que se extendiera más allá de América y que

¹ Ramón Xirau, *De la presencia*. Discurso de ingreso en la Academia Mexicana. México: El Colegio Nacional, 1995, p. 14.



contribuyese a resolver los graves problemas que afectaban a la humanidad en aquel momento crucial de la historia occidental. En último término, aquel humanismo hispanoamericano, surgido de la síntesis de la tradición cristiana europea y de la realidad autóctona, con figuras de relieve como Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán, un punto de referencia para la población mexicana, significaba un «nuevo descubrimiento de América». No en balde, Ramón Xirau dedicó el poema «Vasco de Quiroga» a su padre:

El llac és blanc i és gris. Les illes
–set– voregen papallones
quan les barques molt breus,
pesquen i volen.

Janitzio, l'illa, el poble,
el centre d'una mort –novembre–
de poques flors i caritat i vida.

En el segle XVII. En aquell llac
viuen, tarascs, homes d'orgull,
dones de parla dolça.

Tu, Vasco, caminaves
camins de la utopia
arrelada en els pobles del llac blau
i verd i gris.

Les illes s'enfosqueixen. Son les sis
i les barques retornen,
papallones arran, a flor
de l'aigua.²

Tal como dibuja este poema de Ramón Xirau, aquí aparece la descripción del lago de Pátzcuaro, con sus siete islas, siendo Juanitzio la más importante. Las mariposas (*papallones*) hacen referencia a las redes de pesca en forma de alas, medio de subsistencia del pueblo tarasco, hombres de orgullo y mujeres de habla dulce. La alusión a la muerte de noviembre,

² Ramón Xirau, *Poesía completa*. México: Fondo de Cultura Económica-Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, p. 224.



corresponde a la celebración los días 1 y 2 de aquel mes, cuando las luces de las velas se reflejan en el agua del lago con la intención de que las almas de los fallecidos regresen para reencontrar a sus seres queridos. Igualmente, se hace explícito el proyecto social del obispo Vasco de Quiroga, según algunos, inspirado en Tomás Moro, pero que recuerda los valores primordiales del cristianismo con sus pueblos-hospitales y la organización del trabajo artesanal. En fin, un ideario que había de vivificar a la vieja Europa sumida en un conflicto bélico de alcance mundial que, además, ponía al descubierto la necesidad de la búsqueda de sentido, de acuerdo con los planteamientos que Husserl había formulado en la década de los años treinta al abordar la cuestión de la crisis de las ciencias europeas.

Visto desde este ángulo, también cabe subrayar el libro de Ramón Xirau *Genio y figura de Sor Juana Inés de la Cruz* (1967), dedicado a esta religiosa de origen vasco, un ejemplo espléndido de la literatura novohispana que aúna las tradiciones indígenas con la cultura occidental. Sor Juana Inés de la Cruz murió en México, y su largo poema *Primero sueño* nos pone en antecedentes sobre el afán humano de saber, de la búsqueda de la presencia sagrada, uno de los temas centrales de la reflexión de Ramón Xirau. A grandes trazos, los especialistas distinguen tres fases o etapas en *Primero sueño* –el dormir, el viaje, el despertar– que marcan un itinerario que culmina cuando el alma despierta, con su deseo de saber, abre un itinerario que asciende hacia la divinidad.

Consiguió al fin, la vista del ocaso
el fugitivo paso
y en su mismo despeño recobrada
esforzando el aliento de la ruina,
en la mitad del globo que ha dejado
el sol desamparado,
segunda vez rebelde determina
mirarse coronada,
mientras nuestro hemisferio la dorada
ilustraba del sol madeja hermosa,
que con luz juiciosa
de orden distributivo, repartiendo



a las cosas visibles sus colores
iba restituyendo entera a los sentidos exteriores
su operación, quedando a la luz más cierta
el mundo iluminado, y yo despierta.

Al hilo de lo expuesto, los puentes entre ambos mundos —el europeo y el americano— poseen una larga tradición, lazos que se afianzaron más si cabe después del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, es indudable el acercamiento a la realidad histórica desde una nueva perspectiva de la colonización española que se singularizó —muy al contrario de lo que sucedió con otros procesos semejantes— por incluir voces críticas como la de Bartolomé de las Casas. «De muchos españoles que, como Las Casas, juzgaron duramente el comportamiento de sus contemporáneos, lucharon por la igualdad de todos los hombres y por una humanización de la empresa bélica. Este fue uno de los aspectos más interesantes de la conquista y quienes en él militaron fueron unos grandes conquistadores».³

Digamos de paso que si, por un lado, se acentuó desde el viejo continente el interés por la proyección hacia América, desde el otro lado del Atlántico —y quizás convenga tener un recuerdo para nuestro poeta Jacint Verdaguer, formado en este Seminario de Vic y autor del poema *La Atlántida* (1877)— debemos subrayar el impacto que supuso en los intelectuales españoles los valores de las culturas autóctonas, azteca, maya, inca, sin soslayar las contribuciones de otros pueblos amerindios, por lo general desconocidos para quienes encontraron cálida acogida en aquellas tierras. Por consiguiente, se estableció una conexión que contribuyó a consolidar el conocimiento filosófico en América, que ya poseía autores significativos como Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento, José Ingenieros, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Leopoldo Zea, Samuel Ramos, Francisco Romero, Alejandro Korn, Juan Mantovani, Eduardo García Máynez, etc., mientras que la realidad americana tonificó y vigorizó a su vez el pensamiento español, hasta el punto de generarse un sueño, fruto y consecuencia del encuentro entre ambos mundos. Así, gracias al doble movimiento de ida y

³ Francisco Morales Padrón, *Los conquistadores de América*. Madrid: Espasa-Calpe, 1974, p. 171.



vuelta, de proyección y vivificación del pensamiento hispano, se fraguó una utopía intelectual y cultural y, por ende, pedagógica, que perfiló —como mínimo figurativamente hablando— una provincia pedagógica, a imagen de la que Goethe estableció en el segundo *Meister*, el que corresponde a los años de peregrinaje, publicado en 1821 y una de las cimas de la literatura de formación (*Bildungsroman*). Una idea bien presente en la pedagogía, en particular a partir de 1932, cuando se celebró el centenario de la muerte de Goethe, presentado como un modelo educativo, hasta el punto de que la Generalitat de Catalunya ofreció entonces una *Antología* para los escolares catalanes.

Con estas premisas, no puede sorprender la gestación utópica de una provincia pedagógica inspirada en el humanismo hispanoamericano, que además respondía a una religiosidad interior de la conciencia humana, abierta a un mundo de paz y concordia, sin guerras, un paso previo a la plenitud vital, a la eternidad. «El humanismo hispano —Joaquín Xirau escribía en 1942— no es una resonancia de voces extranjerizantes como lo creen acaso espíritus exentos de profundidad. Tenemos padres, tenemos viejos e ilustres padres y es necesario que les hagamos honor».⁴ De este modo, el humanismo hispano ofrece una peculiaridad diferencial que, además, se proyectó hacia América con la defensa de los indígenas, a través de Francisco de Vitoria y Bartolomé de las Casas, entre otros, tal como Xirau manifestaba en 1945. «Los pueblos ibéricos y el mundo de tradición española forman un cuerpo espiritual en la cultura y en la historia».⁵

En suma, el espíritu del humanismo hispano no es otro que el sentido cristiano, fruto de la Filosofía de Cristo. Al mismo tiempo, implica una doctrina de salvación a partir de una concepción orgánica de los diferentes intereses que se dan en el marco de una realidad política transatlántica, que supera la geografía peninsular y se propaga por América, en

⁴ Joaquín Xirau, «Humanismo español (Ensayo de interpretación histórica)», en *Obras Completas. II. Escritos sobre educación y sobre el humanismo hispánico*. Rubí-Madrid: Editorial Anhropos-Caja de Madrid, 1999, p. 551.

⁵ Joaquín Xirau, «Integración política de Iberoamérica», en *Obras Completas. II. Escritos sobre educación y sobre el humanismo hispánico*, op. cit., p. 565.



intonía con un organicismo que coincide con el tópico de la unidad en la variedad. Se dibuja, pues, una visión de lo hispánico como una fusión de «las naciones de España, como las llama Cervantes», a fin de mantener «la integridad de sus prerrogativas dentro de la unidad orgánica del conjunto y conserven, dentro de la armonía total, toda su personalidad y toda su dignidad».⁶

En realidad, este humanismo no se define de manera abstracta, sino a través de una dimensión cristiana que une a todos los seres humanos. Nos encontramos, pues, ante una filantropía de matriz cristiana, según la *Charitas* que proviene de Dios, desmarcada de la fraternidad republicana. Desde este prisma, se abren en la modernidad dos caminos: el del republicanismo laicista de origen francés, resultado de la secularización de la *Charitas* y que tanto influyó en la historia de España y en las nacientes repúblicas hispanoamericanas, y el del humanismo hispánico que se distingue por el universalismo, armonía y concordia. Acaso por ello, no entra en contradicción con el mensaje del hijo de Dios, a la vez que gracias a su mesianismo adquiere connotaciones ideales, hasta articular un sueño o, si se quiere, una provincia pedagógica un tanto quimérica y con altas dosis soteriológicas.

El humanismo español es el intento heroico de salvar, en el espíritu y en la acción, la unidad ecuménica de un mundo que se escinde. La coyuntura es decisiva y trágica. Si Europa se hunde, se quiebra la más alta esperanza. Si la vieja cristiandad se salva, se avecina la plenitud de los tiempos.⁷

Todo indica, pues, que este humanismo hispanoamericano, crisol de ambas tradiciones, la europea y la americana, se articuló a manera de condición de posibilidad para la salvación del género humano. No en balde, este planteamiento también fue defendido por Juan Roura-Parella desde los Estados Unidos al contraponer el estilo de vida de las dos Américas, la

⁶ Joaquín Xirau, «Humanismo español (Ensayo de interpretación histórica)», *op. cit.*, p. 547.

⁷ *Ibidem*, p. 543.



hispana en contraste con la anglosajona, porque a su entender el norteamericano evoluciona hacia una polarización activista que acaba por absorber todas las demás dimensiones vitales. «La ansiedad del hombre del Norte no viene del temor a la muerte, sino del miedo de no poder terminar a tiempo lo que quiere hacer, o mejor quedarse atrás en la carrera de la vida. Esencialmente, es un hombre de acción».⁸ Es fácil, por consiguiente, comprender el peligro de la América del Norte que se rige en gran manera por el imperio del reloj, siendo el tiempo astronómico su auténtico dictador. Frente al tiempo objetivo y homogéneo de los norteamericanos, los pueblos hispanos se muestran reacios a seguir el ritmo del tiempo cronológico. «Esta flexibilidad le da tiempo para la amistad, para la cortesía, para la frase amable, para la contemplación. En realidad, se construyen dos mundos diferentes en torno al eje del sentimiento del tiempo».⁹

Con este trasfondo, Roura-Parella constata que las dos Américas se ignoran mutuamente, planteamiento que choca frontalmente con la visión armónica y orgánica de aquella provincia pedagógica ciertamente ideal. Si el americano del Norte, heredero del puritanismo, actúa a través de un ritmo vertiginoso que se mueve linealmente, importándole solamente el futuro, el hispanoamericano se siente inserto en un tiempo cíclico que siempre retorna, constituyendo el presente una repetición del pasado. Por eso, a los ojos del Norte, la América hispana vive anclada en una especie de subdesarrollo, mientras que, desde el mundo hispano, se ve al Norte como un país sin tradición. Mientras en la provincia pedagógica hispanoamericana se da importancia a la historia, el pasado es rechazado en Norteamérica al considerarlo un mausoleo con escasa incidencia sobre el futuro porque el origen anglosajón se identifica con el progreso que no ha desarrollado —quizás por falta de historia— una conciencia histórica viva.

Si la Universidad de Barcelona ofreció un homenaje el 17 de octubre de 1983 al profesor Juan Roura-Parella, pocas semanas antes de su fallecimiento a fines de aquel año, unos meses después

⁸ Juan Roura-Parella, «El sentido del tiempo en las dos Américas, la del Norte y la del Sur (Contribución a la caractereología de Ambas Américas)», *Revista Interamericana de Sociología*, 1968, p. 149

⁹ Juan Roura-Parella, «Tiempo y personalidad», *Revista Cubana*, 26, 1947, p. 33.



y a propuesta del Departamento de Educación Comparada e Historia de la Educación, se nombró a Pere Grases –otro catalán «puente» de la diáspora que se instaló en Venezuela– Doctor Honoris Causa, el 24 de abril de 1985, en un acto académico en que el profesor Buenaventura Delgado actuó como padrino. Pocos años después, en un artículo publicado en la revista *Temps d'Educació* –que he tenido el honor de dirigir durante treinta años, desde 1996 hasta hoy–, Pere Grases se refirió a Andrés Bello (1781-1865), destacado intelectual chileno de la generación de la independencia, visto como uno de los sólidos fermentos del humanismo liberal hispano que se diferencia del renacentista por su carga cívico-política y pedagógica.

El saber i l'erudició són els fonaments de l'humanisme renaixentista i els seus protagonistes s'esforcen a comunicar-los als possibles adeptes, mentre que en el continent americà l'home de pensament ha de forjar un humanisme liberal designi d'eminent contingut socio-polític, educatiu, per arribar a consolidar els nous estats lliures, amb una nova ordenació de la vida pública i dels ideals humans. El domini del saber clàssic és substituït per l'elaboració d'uns preceptes per a uns pobles lliures, per a noves institucions. Calia delinear un nou concepte de ciutadà.¹⁰

Como vemos, también desde el prisma de los procesos de independencia se reclamó la presencia del humanismo, tal como Grases concluía su artículo, al recordar el pensamiento de Bello, con las siguientes palabras:

Que els grans interessos
de la humanitat us inspirin.
Així parla un humanista, quan és educador.¹¹

¹⁰ Pere Grases, «L'humanisme liberal», *Temps d'Educació*, núm. 2, 1989, pp. 200-201.

¹¹ *Ibidem*, p. 205.



Igualmente, atendiendo a este estado de cosas, desde la Universidad de Barcelona en 1992, cuando se conmemoraba el quinto centenario de la llegada de Colón a América, el profesor Sanvisens remarcó otro aspecto de aquella provincia pedagógica, a través del jesuita José de Acosta que dio cuenta y razón de diferentes aspectos de la educación indígena en su *Historia natural y moral de las Indias* (1590). Por ejemplo, el capítulo 16 del libro VI de esta monumental obra está dedicado a «De los oficios que aprendían los indios», referido a la zona peruana, mientras que el capítulo 27 aborda «Del cuidado grande y policía que tenían los mexicanos en criar la juventud», integrado en el libro VI, cap. 27, aspectos que José de Acosta pondera y valora muy positivamente. De este modo, se establecía un hilo conductor desde los primeros tiempos de la colonización hasta el siglo XX, pasando por los años de la independencia de las repúblicas hispanoamericanas, un proceso de larga duración caracterizado por un humanismo abocado a perfilar aquella provincia pedagógica, una especie de aldabonazo para la humanidad.

En fin, y como hemos intentado poner de manifiesto, se fraguó una provincia pedagógica inspirada en el humanismo hispanoamericano, que recogía los frutos de la tradición autóctona de los pueblos indígenas, defendida por Vasco de Quiroga, Bartolomé de las Casas, Francisco de Vitoria y José de Acosta y que remitía al cristianismo, a la cultura que surgió en la vieja Europa, en el arco mediterráneo, tal como Ramón Xirau formuló, y que fue trasladada al mundo hispano. Todavía hoy aquella provincia pedagógica, un constructo ciertamente ideal y utópico, que responde a los principios del humanismo hispanoamericano (cristiano, pacífico, armónico, ancestral), puede constituir un elemento central, o, si quiere, una piedra de toque, cuando se comparan las teorías pedagógicas actuales en un mundo acelerado y altamente tecnológico, que apuesta por la enseñanza performativa que busca resultados exitosos sin tener en cuenta a menudo los valores humanos y trascendentes que dan sentido a la formación humana, globalmente considerada. Y todo ello, en la línea de la filosofía perenne, vivificada por el sustrato de los valores de las culturas indígenas, con un marcado sentido humanista, como Pere Grases sugirió, una propuesta que, en un mundo cosmopolita,



que recuerda la etapa helenística, con grandes ciclos migratorios, sería conveniente no olvidar. En última instancia, qué duda cabe de que el humanismo hispanoamericano, configurador de aquella provincia pedagógica, puede contribuir –hoy más que nunca– a la formación y espiritualización del ser humano.

Muchas gracias por su atención.

Referencias

Font y Puig, P. (1945). *Francisco de Vitoria, oportunidad de su magisterio. Conferencia dada en la Biblioteca de la Caja de Ahorros de Sabadell el día 28 de octubre de 1945 en conmemoración del ilustre dominico*. Biblioteca de la Caja de Ahorros de Sabadell.

Grases, P. (1985). *Solemne investidura de Doctor Honoris Causa al Dr. Pere Grases. Discurs de recepció i contestació del Dr. Buenaventura Delgado i Criado, 24 d'abril de 1985*. Universitat de Barcelona.

Grases, P. (1989). L'humanisme liberal. *Temps d'Educació*, (2), 197–206.

Grau Arau, A. (2024). Una aproximación a la filosofía de Jaume Serra i Hunter (1878–1943). *Boletín de Estudios de Filosofía y Cultura Manuel Mindán*, XVII, 331–345.

Montserrat, J., Roviró, I., & Vilanou, C. (2026). *La Societat Catalana de Filosofia, cent d'anys d'història (1923–2023): Entre el passat i el futur*. Societat Catalana de Filosofia-Institut d'Estudis Catalans.

Morales Padrón, F. (1974). *Los conquistadores de América*. Espasa-Calpe.

Negrín Fajardo, O., Vergara Ciordia, J., & Vilanou, C. (2018). *La Historia de la Educación entre Europa y América. Estudios en honor del profesor Claudio Lozano Seijas*. Dykinson.



Roura-Parella, J. (1940). *Educación y ciencia*. La Casa de España en México.

Roura-Parella, J. (1968). El sentido del tiempo en las dos Américas. *Revista Interamericana de Sociología*, 131–172.

Sanvisens Marfull, A. (1992). Del conocimiento y enseñanza de los indios, según José de Acosta. *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, (11), 33–48.

Vilanou, C. (2023). Joaquín Xirau (1895–1946): La *Paideia* humanista y espiritualista transterrada. *TSN (Transatlantic Studies Network)*, (15), 79–100.

Vitoria, F. de. (1975). *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra* (3.^a ed.). Espasa-Calpe.

Xirau, J. (1999–2000). *Obras completas*. Anthropos-Caja de Madrid.

Xirau, R. (1967). *Genio y figura de Sor Juana Inés de la Cruz*. Editorial Universitaria.

Xirau, R. (1995). *De la presencia. Discurso de ingreso en la Academia Mexicana*. El Colegio Nacional.

Xirau, R. (2007). *Poesía completa. Edición bilingüe. Traducción de Andrés Sánchez Robayna*. Fondo de Cultura Económica-Universidad Nacional Autónoma de México.